

15

BIBLIOTECA

*Los Grandes Filmes*

DE

La Novela Semanal Cinematográfica



GORRIONES

POR

Mary Pickford

50 cts.



BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Vía Layetana, 12 - BARCELONA - Telef. 4423 A.

STARRS 1926  
**GORRIONES**

Una historia de Winifred Duda, adapta-  
da por C. Gardner Sullivan

Protagonista: la «muñeca del mundo»

**MARY PICKFORD**

Exclusiva de

**LOS ARTISTAS ASOCIADOS**  
**(UNITED ARTISTS)**

Rambla de Cataluña, 62 - BARCELONA



Prohibida la reproducción.

Revisado  
por la censura gubernativa.

J. HORTA, Impresor. - Cortes, 719. - Barcelona

# GORRIONES

## Argumento de la película

A la intervención del diablo en la creación del mundo debióse cierto país meridional de pantanos, obra maestra de horror, que el Señor respetó juzgándolo digna morada del ángel malo.

Pero el propio diablo creyóse con derecho a algo mejor... y llevó al señor Grimes a vivir junto a la ciénaga.

Alto y delgaducho, desalmado y de torvo mirar, el señor Grimes parecía el mismo diablo con ropas de hombre.

Avaro y ambicioso, el viejo mal hombre no se detenía ante nada para el logro de sus afanes de dinero.



Aquel día, de regreso a su granja, leía el siguiente escrito:

*Querido señor Grimes:*

*He estado muy enferma, y por esto no le he mandado la mensualidad corriente por el cuidado de Amy. Cuando me restablezca le enviaré más. He leído algo de una granja donde se maltrata a los niños; pero estoy segura de que usted mira con cariño a mi hijita.*

*Su agradecida,*

Morton

El granjero apoderóse del dinero que había dentro de la carta, se lo escondió en un bolsillo de su chaqué, y como también llegó con la misiva un paquete, desenvolviólo y halló en él una muñeca con esta dedicatoria prendida con un alfiler en el pecho del juguete:

*Con amor para mi linda nena, de*

*Su Mamá*

El miserable miró socarronamente la muñeca y, antes que dársela a la criatura a quien iba destinada, prefirió hundirla en la ciénaga, contemplando con infinita crueldad cómo se

hundía lentamente, cual si unos brazos, desde abajo, la obligasen a entregarse.

En tanto, varios niños de ambos sexos hacían volar una cometa de papel, y ataron al bramante, sujetado por las manos de Mary, la mayorcita de todos, el siguiente ruego:

*Venid y llevadnos lejos de estos Grimes, porque son terriblemente malos para nosotros.*

*No nos dejan acercarnos a la puerta, y el pantano está lleno de cieno.*

*Mary, siete huérfanos y un bebé.*

*Traednos algo de comer.*

Después de atado el papel implorador de socorro, Mary hizo un gesto a sus hermanos de cautiverio en la granja del verdugo Grimes, y todos a una hincaron sus tiernas rodillas en el lodo, juntaron sus manos fervorosamente, y rezó Mary:

—¡Señor! Nuestra otra cometa no llegó tal vez porque tu ángel estaba distraído con tu arpa. ¿No podrías Tú esperar ésta personalmente?

Mucho lo deseaban Mary y los huerfanitos,



para poder libertarse de las garras de su tirano...

Pero el Señor, en su infinita sabiduría, tenía designios muy contrarios a las esperanzas de Mary y sus huérfanos.

De pronto se oyó el sonido de una campana.

Mary y los huérfanos, sus huérfanos les llamaremos, puesto que ella era una madrecita para ellos, se levantaron y, presas de pánico, encamináronse a los establos de la granja, en el techo de los cuales había una abertura, por la que, mediante una escalera de mano, pasaban al pajar, sin hacer el menor ruido, temerosos de que alguien pudiese oírles.

Cada vez que se oía la campana, Mary gritaba a sus huérfanos, echando a correr hacia los establos, estuviesen donde estuviesen:

—¡La campana!... ¡La campana!... ¡A escondernos en seguida!

Y se escondían, no rebelándose nunca a una orden dada por ella, porque conocían de sobra cómo solía castigar a los rebeldes el salvaje granjero.

Uno de los huérfanos, "El Rubio", como le

llamaban sus hermanos de infortunio, y que era el más pesimista de todos, dijo a Mary, intrigado:

—Oye, Mary... ¿Por qué tenemos que escondernos siempre que suena la campana?

—¡Chis! No levantes la voz... Ese mal bicho de Grimes no quiere que nadie sepa que estamos aquí, y aunque sea él el que toque la campana, para que le abran la puerta, quiere que nos escondamos, por si fuera gente de fuera, ¿comprendes, "Rubio"?

—Sí, comprendo... Pero, si no recuerdo mal, hace un mes que dijiste que el Señor de los cielos nos ayudaría a salir... ¿Qué ha estado haciendo todo ese mes el Señor de los cielos?

—¡Oh, pobrecito Señor! No debemos desconfiar de su protección. El no se olvida de nosotros. Y nos ayudará si seguimos rogándole. Pero es que al Señor le tiene muy ocupado el velar por todos los gorriones desamparados, como vosotros.

—¿El Señor nos llama a nosotros gorriones?... ¿Y tenemos con El tanta influencia como tú dices? ¡Bah!



—Paciencia, "Rubio", paciencia... No pierdas la fe.

El señor Grimes, al cerrar la puerta de la granja y al entrar en el patio de la misma, buscó a los huérfanos al momento.

—¡Mary! ¡Mary! — gritó a la madrecita.

—¡Estamos aquí, señor Grimes! — dijo Mary asomando su cabecita por la abertura del pajar.

—¡A ver si volvéis al trabajo! ¿O estoy yo aquí para mantener bribones?

Mary, llevando en sus bracitos al bebé de la madre pobre que había mandado aquel día dinero al avaro, echó a correr hacia la parte de la granja cuya tierra debían remover, dando el ejemplo a sus huérfanos.

Pero en su precipitación éstos pasaron junto a terreno que daba fruto, y el viejo cruel gritóles, como si hubieran cometido un crimen:

—¡Que esas hortalizas valen dinero! ¡Si volvéis a pisotearlas, os echo a todos al pantano!

Los chiquillos enmudecieron, pálidos de temor, y recogiendo cada cual, hasta los más pe-

queños, sus útiles de trabajo, se entregaron a él briosamente.

Mary tuvo que depositar en el suelo, sobre un saco de paja, a Amy, el bebé de pocos meses, pero al sentirse fuera de la protección cálida y amorosa de su madrecita, la criatura rompió a llorar.

Mary hundía la azada en la tierra, subiéndose a la pala para hundirla mejor con todo el peso de su cuerpo, pero al oír los berrinches de la niñita, se le reunió y, cual si el bebé pudiera comprenderla, le dijo:

—¡Por Dios, Amy, que el viejo Grimes no te oiga llorar!... ¡Figúrate, con el odio que él tiene a los críos!

Y, a fin de que Amy calmase su llanto, Mary se puso a bailar, imitando a las mejores bailarinas clásicas.

Pero Amy no estaba para bailes, sino que quería que Mary la tomase de nuevo en sus brazos.

—¡No puede ser, rica mía! ¡No puede ser! El viejo avaro quiere que trabaje y me pegaría si te contemplase en lugar de ganar para él.



Y bailando y cantando, cantando en voz baja, se entiende, Mary procuraba, se empeñaba en consolar a Amy.



*Y, a fin de que Amy calmase su llanto, Mary se puso a bailar...*

En la vivienda de la granja, Brígida, la esposa del señor Grimes, mujer sin voluntad propia, contagiada de la maldad de su marido a fuerza de contacto, preparaba la comida.

Su hijo, muchacho pelirrojo, pecoso, antipá-

tico, digno retoño de sus repulsivos padres, Ambrosio de nombre, era malo y tragón como él solo.

El señor Grimes, aunque quería a su hijo, si era posible que él pudiera querer a nadie, también la tomaba a menudo con él; sobre todo cuando le sorprendía comiendo. El quería a su hijo, pero no podía sufrir verle comiendo... porque se gastaba y él no estaba para gastos.

Aquel día, Ambrosio se hartaba de pan bañado de confitura de melocotón, que era su flaco.

Al verle hincando los dientes en la exagerada rebanada de pan que se había untado, exclamó el señor Grimes, desorbitados los ojos y resacos sus labios, dirigiéndose a su mujer:

—¡Ese hijo tuyo no hace más que gaudular y atracarse de comida a todas horas!... ¡Y no revienta, el condenado!

Ambrosio tomó las de Villadiego. Conocía el carácter de su padre, y a listo no le ganaba nadie en su casa. Al menos, fuera de la vivienda, podría comerse el pan y la confitura con toda tranquilidad.

Al salir de la casa, Ambrosio vió a Mary bai-



lando para distraer a Amy, y, bajo la influencia de su innata maldad, le arrojó un manojo de raíces muertas a la cabeza.

Mary indignóse, no por el daño que le había causado el proyectil lanzado por Ambrosio, sino por el que podía haber hecho a Amy, y como justa réplica a la provocación se lo devolvió, alcanzándole en el rostro en el preciso instante en que él, ajeno a la energía de ella, se disponía a llevarse a la boca el apetitoso pan.

Ni que decir tiene que la confitura pringó la faz del muchacho, quien, cobarde y vengativo, gritó, como si le estuvieran matando:

—¡Papá!... ¡Mamá!... ¡Papá!...

A los gritos del vástago acudieron los padres.

—¿Qué ocurre?

Ambrosio acusó a Mary, exagerando los hechos:

—¡Yo estaba comiendo el pan cuando Mary, por envidia, me tiró no sé qué a la cara! ¡Siempre me está inquietando, papá!

Y lloraba, para convencer a su padre de que debía castigar a Mary.

La señora Brígida llevóse adentro a Ambro-

sio, para lavarle el rostro, y el señor Grimes, después de dirigir una mirada furiosa a Mary, que se había apresurado a volver al trabajo, entró también en la casa y dijo:

—Desde que esa Mary entró en casa, es una perturbación constante. ¡Tendré que arrojarla al pantano!

Ese era el castigo que imponía el señor Grimes a los que le estorbaban. Moneda corriente para él. Cómplice mudo como el pantano no lo había en el mundo. Cualquier crimen quedaba en él en la mayor impunidad.

Pero la señora Brígida no vivía tranquila, y dijo a su marido, con misterio:

—Algún día vas a echar en el pantano un de más... y ese te acusará por todos.

—¡Bah! No lo creas. ¡Quién se atrevería



\*  
\*\*

El señor Grimes, en su afán de lucro, había entrado en combinación con un par de pájaros de cuenta para realizar un buen negocio.

Hacia días que esperaba impacientemente una carta-aviso de los dos socios, y al fin la recibió.

Decía así:

*Prepárese usted para que resolvamos nuestro asunto el jueves. Desde luego, llevaré a la niña.*

Bailey

El señor Grimes sonrió. ¡El dinero que le correspondería en aquel negocio!

—¿Qué es lo que causa tu regocijo, Grimes? —preguntóle su mujer.

—El jueves tendremos a la niña de que te hablé. Lee esta nota de los que deben traerla.

—Sí, es verdad.. Pero... creí que no ibas a dejarte enredar en este mal negocio.

—Nunca es malo un negocio cuando deja dinero... ¡mucho dinero!

—¡De poco te servirá el dinero si das con tus huesos en una prisión!

—¿Por qué hablas de ese modo? ¿Es que por ventura he de consultarte mis asuntos, bruja del infierno?

—¡No, Grimes! ¡No te enojés! Es por tu bien. Debes desconfiar de los demás. Bastante tienes con vigilar a los huérfanos que explotas en tus faenas de la granja.

—¡Que yo los exploto! Pero, ¿qué estás diciendo, imbecil? ¿No les doy acaso buen alimento?

—¡Me expliqué mal, Grimes! ¡Caramba! ¡Contigo tendré que pesar las palabras!

—Yo no exploto a nadie. Doy pan a esos chiquillos, a cambio de su trabajo. Y ten por seguro que doy más de lo que ellos me dan. ¿No estarían peor en un asilo?

La señora Brígida calló, para no sulfurar más a su marido, y éste, releyendo la carta de los



socios que le entregarían una niña el jueves, para ocultarla en la granja, se imaginaba ya estar contando el dinero que cobraría.

Mientras, fuera, los huérfanos trabajaban sin cesar, interrumpiendo todos su labor al liarse a puñetazos "El Rubio" y otro huérfano, al que, por su defecto lingual, todos habían dado en llamarle "El Tartajoso", pero no delante de él, sino entre ellos y en ausencia del interesado.

"El Rubio" pegaba duro, y no menos enérgicamente mostraba "El Tartajoso".

Mary, como mayor, los separó.

—¿Qué es eso de pegarse dos hermanitos de infortunio como vosotros?

—¡Ya te daré yo, bruto! — gritó "El Rubio" al "Tartajoso".

—¡Como te pille de nuevo! — contestó éste.

—¡Silencio! — ordenó Mary —. Ahora mismo vais a explicarme lo ocurrido entre vosotros. ¿Quién habla primero?

"El Tartajoso" hizo uso de la palabra, aceptándole Mary como orador, a pesar de que el chico no tenía facultades para ello.

—¡Me-me-me ha di-di-cho otr-r-r-ra vez ta-ta-tarta-a-a-joso!

Mary, que miraba de frente al tartamudo, tuvo que apartar su rostro, porque en uno de sus ojos había penetrado un disparo húmedo escapado de los labios del balbuciente.

"El Rubio" quería a toda costa volver a la pelea, y Mary, imponiéndose como cabeza de la agrupación de infelices, ordenó:

—Vaya, daos un beso y haced las paces. Ya sabéis lo que la Biblia dice: "No sepa tu mejilla derecha lo que hace tu mejilla izquierda".

Pero los chicos no querían besarse; y acogidos a una idea, díjoles Mary:

—Aunque vosotros no os queráis besar, a mí sí que me besaréis.

Los empujó a los dos hacia sí, y cuando los tuvo cerca, los labios dispuestos a besar, apartóse y unió a los dos enemigos, que se besaron.

Uno y otro, ante la jugarreta de Mary, se fro-taron la parte besada para que no quedara huella de la caricia hecha sin voluntad, pero el beso dado estaba, y Mary se rió con los demás huérfanos de lo bien que le había salido la jugada.



Procedente de otra granja llegaba a la puerta de la del señor Grimes un campesino de la aldea próxima. Se detuvo y leyó en un tosco cartelón:

*Cerdos para la venta*

*Llamador*

Tiró el buen hombre de la campana, y al oír la conocida señal, Mary y los huérfanos se precipitaron a los establos y de ellos al pajar.

Pero antes de cerrar la puerta de los establos, Ambrosio, siempre al acecho de una maldad, detuvo al "Tartajoso", no dejándole seguir a Mary y a sus compañeros de cautiverio.

—¡Ma-ma-mary! — gritó el huérfano.

Mary se asomó a la ventanita del pajar, que daba al patio de la granja, pero ligeramente, y dijo al "Tartajoso":

—¿Qué ocurre?

—¡A-a-ambrosio no me-me-me deja e-e-entrar!

Entonces Mary, recurriendo a la persuasión, dijo a Ambrosio:

—Déjale, por favor, Ambrosio querido... Tu padre nos mataría si le encontrase ahí.

Pero Ambrosio no estaba dispuesto a obedecer, y molestando al "Tartajoso", dándole golpes o puntapiés, le impedía la entrada en los establos.

—¡Déjale entrar, pelirrojo del demonio, peco-so, feo, mala sangre! — gritóle Mary.

Mas fué inútil; y en vista de que Ambrosio le pegaba, "El Tartajoso" huyó, subiéndose al porche de la vivienda, para no dejarse atrapar por el hijo del demonio.

El señor Grimes, ajeno a ello, abrió la puerta de la granja al campesino, y como se trataba de un buen comprador, le atendió con grandes honores.

Sin embargo, cuando el campesino detuvo el caballo y el carro junto a unas hortalizas, el cuadrúpedo aprovechó la ocasión para llenarse el estómago, y el avaro, arrancándole de las quijadas las hojas que pendían de ellas todavía, dijo al campesino:

—¡A quién se le ocurre poner la caballería ahí! ¡No me regalan lo que siembro, que lo pago!

El buen hombre calló, pero casi daba por seguro que no haría negocio con el avaro.

Al apartar el carro, el campesino lo colocó junto



al pantano inmediato a la casa, dentro de la granja. En la caja del carro había varios barriles, y uno de ellos, al separarse de los demás, rodó a la ciénaga.

El campesino trató de recuperarlo, ignorando lo peligroso que era el pantano; y al poner los pies en la ciénaga sintió hundirse, sin fuerzas para resistirse a la atracción.

El avaro le tendió una mano y pudo ayudarle a librarse de una muerte segura.

Entonces el campesino, que sudaba de angustia, contempló la desaparición de su barril, y nada había comparable al horror de aquel hombre ante la absorción mortal del pantano.

—No creí que fuera tan peligroso este lapachar. ¡Ni por todo el oro del mundo viviría yo aquí! —dijo al señor Grimes, no muy repuesto todavía de la emoción.

Siguieron hablando los dos hombres de sus cosas, mientras Ambrosio, que, implacable como su padre y como la ciénaga, perseguiría al "Tartajoso", aunque éste se ocultase bajo tierra, pretendió alcanzarle en el cobertizo, pero el perseguido le burló, y al intentar ponerse fuera de su al-

cance, llegó inconscientemente junto al señor Grimes y al campesino.

¡Oh! ¿Qué diría el viejo verdugo?

Mary, desde su observatorio, temblaba por el niño.

Los ojos del señor Grimes devoraban al muchacho, pero he aquí que el campesino hizo cambiar los temores de los huérfanos y el rostro del avaro.

—¿Es este el más pequeño de sus hijos? —preguntó al señor Grimes.

Sin vacilar, el desalmado repuso:

—Es... es un huérfano a quien tengo en casa por caridad.

—Y ese otro es su hijo, ¿verdad?

—Sí. Ese, sí. Es Ambrosio.

—Se le parece mucho. ¿Hace usted trabajar a este muchacho en su granja?

—No... Me basta mi chico... Pero, naturalmente, siempre ayuda un poco...

—A mí me sería muy útil un muchacho así para quitar los insectos de las patatas.

—¡Ya lo creo que le serviría! ¡Es muy listo!

Hipócritamente, el señor Grimes acariciaba al



"Tartajoso"; y, de súbito, como saliendo de profunda reflexión, dijo al campesino:

—¿Cuánto me pagaría usted por él?

—¿Está usted dispuesto a cedérmelo?

—Sí. Sé que usted lo tratará bien.

—Pues... debe valer aproximadamente la mitad de lo que el cerdo que acabo de comprarle.

—Conforme.

—Encantado, señor Grimes. Por un momento pensé que usted y yo no llegaríamos a hacer nada, y, ya ve, me le llevo un cerdo... y medio.

Cargó el campesino al "Tartajoso" en su carro, y subió tras él.

Mary dijo a los huerfanitos, muy sorprendida:

—¡Ese hombre se lleva al "Tartajoso"!

"El Rubio" halló ocasión para meterse otra vez con el Señor.

—¿Cómo el Señor de los cielos contestó a sus ruegos? ¿Es que él es gorrión y nosotros no?

Mary supo encontrar una buena salida:

—Ahora ha sido el turno del "Tartajoso". Dice la Biblia: "Bienaventuradas las lenguas con freno, porque, sin poder pedir, recibirán".

Y replicó "El Rubio", muy oportuno:

—¡Sí que es una suerte hablar a saltos!

El carro del campesino se alejaba con el pobre huérfano.

Al ir a salir de la granja, el muchacho se volvió para volver a ver a sus amiguitos, es decir, ver no, sino despedirse, pues a Mary y a los huérfanos les estaba terminantemente vedado asomarse a la ventanita del pajar, y sólo podían asomar sus manos por las rendijas de la madera que la cerraba.

Fuera del separarse de la madrecita, no se llevaba el muchacho otro pesar... El mismo infierno sería mejor que lo que dejaba.

Y mientras se alejaba, volvíase, como si todavía tuviese que ver las manecitas deseándole buena suerte.

Y así, con el corazón muy triste, se fue alejando el carro del campesino, y Mary y los huerfanitos se quedaron mirando tras él.

Y así, con el corazón muy triste, se fue alejando el carro del campesino, y Mary y los huerfanitos se quedaron mirando tras él.

Y así, con el corazón muy triste, se fue alejando el carro del campesino, y Mary y los huerfanitos se quedaron mirando tras él.

Y así, con el corazón muy triste, se fue alejando el carro del campesino, y Mary y los huerfanitos se quedaron mirando tras él.



\*  
\*\*

La partida del "Tartajoso" dejó muy tristes a los huérfanos; pero el señor Grimes pronto los devolvió al trabajo, a gritos.

Ambrosio, resentido con Mary porque le había insultado cuando impidiera al "Tartajoso" entrar en los establos, no la perdió de vista en todo el resto del día y los dos siguientes, y cuando ella iba a reunirse con sus huérfanos en el pajar, a la hora de la cena, le salió al paso y tuvo algunas palabras con ella.

Al moverse, Mary dejó escapar una patata que llevaba escondida, y a Ambrosio le faltó tiempo para decirle:

—¿Has estado robando patatas otra vez?

—No, no... — dijo Mary.

—¿Que no? Ahora verás.

Y, como un energúmeno, el muchacho gritó:

—¡Papá!... ¡Mamá!... ¡Papá!...

Mary, considerándose perdida, empujó con el pie la patata, que fué a parar, por obra de milagro, debajo de una gallina que cacareaba anunciando que iba a poner su fruto cotidiano.

—Ahora ya pueden venir — pensó Mary, viendo que la patata estaba escondida bajo las alas de la gallina.

La madre y el padre oyeron los gritos de Ambrosio, pero sólo salió la madre, cansado como estaba el señor Grimes de andar detrás de los chiquillos gritándoles por sus torpezas.

—¿Qué sucede? — inquirió la señora Brígida.

—Lo de siempre, mamá — dijo el chiquillo del diablo.

—¿Otra travesura de Mary?

—Sí, mamá. Ha estado robando patatas otra vez.

—¿Eh? Pero, ¿es que eres incorregible, muchacha? ¿Es que no pueden contigo los golpes ni las amenazas?

—¡Oh, señora, yo no he hecho nada!



—Sí, mamá, sí. Mira la patata que se le ha caído.

Ambrosio buscó el tubérculo... pero quedó atónito al observar que había desaparecido.

La madre hizo lo propio, y no viendo la patata dijo a su hijo:

—¿Por qué has mentido, Ambrosio?

—¡No, mamá!

—Sí, señora, sí; ha mentido. Ya ve usted que no aparece la patata por ninguna parte.

Ambrosio se puso furioso.

—Pues yo digo que hace un minuto estaba la patata aquí.

La señora Brígida dió crédito a la acusación de su hijo, porque era su hijo, y para obligar a Mary a confesar, la zarandeó bruscamente.

Y... por efecto de las sacudidas, se aflojaron los vestidos de Mary... y cayó una lluvia de patatas al suelo, delatando a la infeliz muchacha, que las había arrancado de la tierra para hervirlas durante la noche en un fuego que había improvisado ingeniosamente en el pajar.

Iracunda, la señora Brígida recurrió a un castigo general para que los huérfanos se vigilasen

unos a otros, impidiendo así que cometiesen diabluras los más rebeldes.

—¡Para que no vuelva a ocurrir, ninguno de vosotros cenará esta noche!

Ambrosio sonreía.

Mary, suplicante, dijo a la granjera:

—Por compasión, señora... Los niños no comen lo que necesitan... y el pobre bebé está muy malito.

—He dicho que no comeréis, y dicho está.

—¡Por Dios, señora!

—¡Basta! Anda a reunirte con ellos.

—Si yo pasara sin comer dos noches, ¿daría usted a los demás un poco de cena?

—¡No!

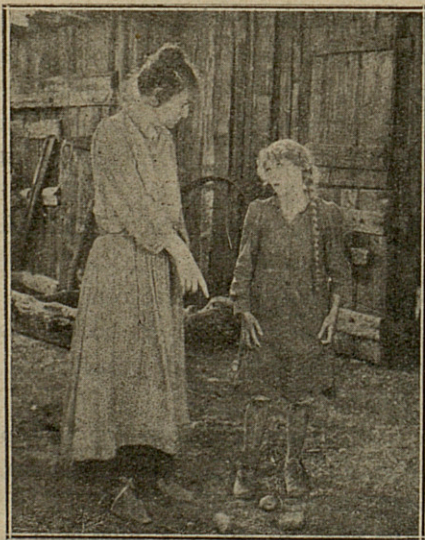
Llena de amargura regresó Mary al pajar, y reunió en torno a sí a los huérfanos, para darles, al menos, el calor de su cariño.

—Esta noche no hay cena, hijos míos, y no podemos protestar. Si el sueño nos rinde pronto, no sufriremos mucho... pero, si no, yo os aconsejo que tengáis resignación... que no lloréis, pobrecitos míos...

Los niños no quedaron muy satisfechos, y a



medida que pasaban las horas, el apetito aumentaba y los bostezos eran mayúsculos.



—¡Para que no vuelva a ocurrir, ninguno de vosotros cenará esta noche!

A duras penas podrían resistir los pequeños la terrible prueba del ayuno; pero... ¿y la niñita de

pecho, la pobre Amy? Bien que el dedo de un guante de goma solucionase el problema del biberón; mas, ¿cómo harían las ternuras de madrecita de Mary el milagro de que alimentara el agua caliente?

Simultáneamente, protegidos por la tempestad que se había desencadenado apenas llegada la noche, los socios de Grimes habían trabajado rápida y victoriosamente.

La niñera que, en la alhajada casa del señor Wayne, cuidaba de la única hija de éste, un precioso bebé de dos años, comprobaba con espanto que la niña había desaparecido de su camita.

—¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡Ladrones!... ¡Ladrones!... — gritó.

Acudió el señor Wayne, y la niñera, señalando la camita vacía y la ventana abierta, apoyada a cuyo marco exterior había una escalera de mano muy alta, le dijo:

—¡Bien claro lo dice esta escalera, señor!... ¡Por aquí habrán entrado los ladrones! ¡Por aquí se han llevado a la niña!

El señor Wayne, desesperado, comunicóse por



teléfono, en el acto, con la Comisaría de Policía.



A duras penas podrían resistir los pequeños la terrible prueba del ayuno; pero... ¿y la niñita de pecho, la pobre Amy?

—Soy el señor Wayne. ¿Está el Jefe?... ¡Sucedan que acaban de robar a mi hijita! ¡Vengan ustedes en seguida!

Y en acabando de telefonar se dejó caer sobre un sillón, rendido por la fuerte emoción.

La inclemencia de la noche y el apetito que devoraba a los niños, dificultaba a Mary su misión de calmarlos.

—¡Qué vacía tengo la tripa, Mary! — quejóse una niña.

—Apuesto a que yo la tengo más vacía que tú — dijo otro huérfano.

—Y yo la tengo dos veces más vacía que tú. ¡Miradla! — dijo un tercero.

Y todos, uno por uno, mirábanse la boca, creyendo que en el fondo de ella estaba la tripa vacía.

Mary miraba a todos con piedad. ¡Desdichados!

Y mientras Grimes aguardaba a sus socios en la noche de amparadoras crudezas, la infeliz Mary ponía sus esperanzas en el Cielo.

Les explicó el nacimiento del buen Jesús, subyugándoles con su ingenua narración.

—Oye, Mary... Y ¿tenía el niño Dios hambre y frío como nosotros? — preguntóle una de las niñas.



—Sí, hijitos, sí... Era pobrecito como vosotros y, pudiendo nacer en un palacio, nació en un pajar, precisamente como este.



*Les explicó el nacimiento del buen Jesús, subiéndoles con su ingenua narración.*

—¿Estás tú segura de que no nos olvida? — preguntó otro niño.

—El no olvida nunca, porque tiene una lista de todas las cosas en su gran libro.

“El Rubio”, a quien un horrible dolor de muelas no dejaba vivir, respondió con destemplanza:

—Apuesto tortugas contra ranas a que mi dolor de muelas es lo último de esa lista.

—Vamos, “Rubio”, vamos... Calma...

Y así procuraba Mary apaciguar a todos



\*  
\*\*

Los socios de Grimes llegaron a la granja al promediar la noche.

La señora Brígida se mostraba muy contrariada ante el nuevo negocio de su marido; pero su misión era callar... ¡También ella temía al pantano!

Los ladrones de la niña Wayne entregaron a ésta al viejo avaro, envuelta en una manta.

El señor Grimes quería preguntar, mas uno de los socios le atajó al momento:

—Usted cobra su parte, y en paz. Hela aquí. ¡Nada le importa quien sea la niña!

Marcháronse en seguida los ladrones, y el señor Grimes acariciando el dinero cobrado llamó a voz en grito a Mary.

—¡Mary, baja aquí!

La madrecita obedeció al momento, mojándose al trasladarse del pajar a la vivienda de los esbirros, y el viejo avaro, sin preámbulo, le mostró a la niña.

El primer sentimiento de Mary, a la vista de la encantadora criatura, fué de pena... ¡Otro angelito más para el martirio!

Acercóse lentamente para abrazarla, mas se detuvo al hacer un gesto para hablar el señor Grimes. Creyó que le prohibía tocarla, pero oyó, con sorpresa, como la autorizaba a más.

—Puedes llevártela arriba.

—¿Dice usted que puedo llevármela... guardarla para mí?

—Llévatela con los otros.

Apresuradamente, como si temiera que de continuar allí la niña sería maltratada, Mary la tomó en sus brazos, y al ir a llevársela el señor Grimes despojóla de la manta de lana en que llegó envuelta, colocándosela él sobre sus hombros.

Como llovía, Mary no quiso salir sin resguardar de la mojadura a la criatura, y, no encontrando nada mejor a mano, la metió den-



tro de un saco, corriendo lo más ligeramente que pudo de la vivienda al pajar.

El señor Grimes quedó en la casa contando el dinero, deleitándose en su contemplación, importándole un mito los sufrimientos que acarrearía a la criatura el cambio de ambiente.

La aparición de la muñeca de carne en el pajar fué acogida con exclamaciones de júbilo por las criaturas, que, en aquel momento, no veían en ella más que una muñeca, sin pensar en que, como ellos, era una víctima más.

El único que no se acercó a admirar a la niña fué "El Rubio", que rabiaba en un rincón, batallando con su impío dolor de muelas.

—Ven y verás el nuevo bebé — le dijo Mary.

—¿Para qué? Viendo uno, los has visto a todos — repuso el muchacho, tumbándose a dormir.

Los otros huerfanitos también procuraban dormirse; y, semejante a una madre, en la que un nuevo hijo no disminuye el amor a los demás, Mary se multiplicaba para que no faltase cariño a sus gorriones.

Para que el nuevo bebé durmiese calentito, lo depositó en la cuna en que dormía el niño de



*La aparición de la muñeca de carne en el pajar fué acogida con exclamaciones de júbilo por las criaturas...*

pecho enfermo, y, tomando a éste en sus brazos, sentóse en una caja de embalaje, apoyada



en uno de los maderos que sostenían el techo apoyados en el suelo, meciéndola y murmurándole una canción.

Y su fe ciega en el Cielo, su lectura constante de la Biblia y sus inquietudes por la salud de Amy, llenaron de sueño a la madrecita con esta plácida visión:

El Buen Pastor, apartándose de sus albas ovejas, se acercaba a ella, la acariciaba y quitábale el bebé enfermizo, para llevárselo al Cielo.

Y, al despertar, Mary vió con espanto que no había soñado... El bebé estaba muerto. Su alma había volado hacia la altura, en brazos del Buen Jesús... Sin duda al Buen Pastor le hacía falta esa cándida oveja en su celestial grey.

—¡Oh, Señor de los cielos, piedad para estos huerfanitos, piedad! — suplicó fervorosamente.

En la Comisaría de Policía, el jefe se entrevistaba con los agentes que se ocupaban del asunto del robo de la niña Wayne, la gentil muñeca Doris.

Habíase logrado averiguar quien era el la-

drón, y el jefe de policía hizo publicar el siguiente bando:

*Cien dólares de recompensa  
Por la captura de Juan Bailey, alias  
"Hueso", perseguido por ladrón.*

En el bando había un retrato del delincuente y su identificación.

El padre de Doris se presentó en la Comisaría y le dijo el jefe, apenas llegó, mostrándole el bando que mandaría fijar inmediatamente:

—Este es el hombre a quien buscamos. Antes de veinticuatro horas lo habrán capturado los agentes.

Wayne contestó, desalentado:

—Yo no puedo esperar un día más, jefe. Les pagaré lo que quieran. ¡Necesito mi hija!

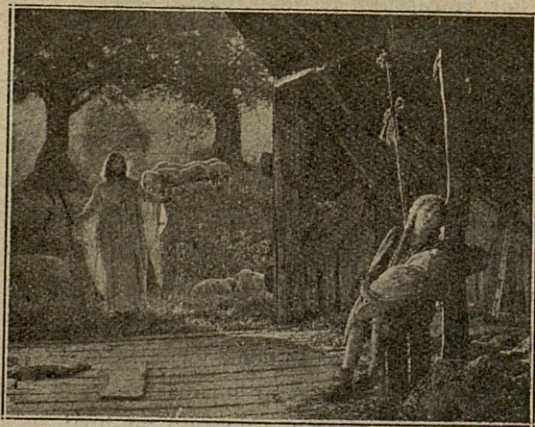
—Pronto la tendrá, amigo mío. No pierda la esperanza de volver a abrazarla muy en breve — repuso el jefe, alentándole a esperar que la justicia diese con el culpable.

Y Wayne hubo de someterse a la insufrible tortura de ver como su hija no reaparecía...

... ..



Durante muchas mañanas, el viejo Grimes había contado ansiosamente su dinero, mofándose de los temores de su mujer; pero ahora...



*El Buen Pastor, apartándose de sus albas ovejas, se acercaba a ella.*

Acababa de leer y releer el siguiente artículo periodístico, encabezado por la fotografía de la muñeca Doris y su padre.

Decía el artículo:

## FIGURAS DE ACTUALIDAD

### WAYNE Y SU PERDIDA HIJA DORIS LA RED SE ESTRECHA EN BUSCA DE LA NIÑA WAYNE

*Toda una región se alza contra el criminal*  
"Castigaré duramente a los culpables" — dice el jefe de policía. El arresto es inminente.

Y, a continuación, el periódico hacía comentarios que llenaron de pánico al viejo avaro.

La señora Brígida dijo a su marido, aumentando sus temores:

—¿No te lo dije mil veces, no te lo dije? ¡En lo que vamos a vernos por tu culpa!

—¡Calla esa boca, imbécil! ¿Crees tú que la van a encontrar?... ¡La tiraré al pantano esta noche!

Ambrosio oyó la amenaza de su padre, y al salir fuera de la vivienda, vió a Doris y se apoderó de ella.

La niña gritó:

—Tata... ¡Tata Mary!

Mary, que se dejaría hacer pedazos antes



que consentir que tocasen un solo pelo de la niña, salió en su defensa.

—¡Dame en seguida la niña, Ambrosio, o aquí va a pasar algo gordo!

—¡No! Voy a echarla al cieno, para ver cómo se ahoga. De cualquier modo, papá piensa hacerlo esta noche...

—¿Eh? ¿Qué dices, miserable?

En Mary despertó la fiera que duerme agazapada tras el materno amor... Quitarle a ella la niña, su niña... ¡y para matarla!

Hizo valerosamente frente a Ambrosio, para arrebatarse la criatura, y al conseguirlo, Ambrosio, al echarse atrás, cayó al pantano donde quería arrojar a aquélla.

El muchacho gritaba, viendo que se hundía y no podía agarrarse a ninguna parte para intentar su salvación. Parecía un castigo.

Pero Mary era buena con amigos y enemigos, que así lo manda Dios, y fracasando en su intento de empujar hacia fuera con la mano a Ambrosio, recurrió a una idea que milagrosamente se le acudió en tan críticos momentos.

—¡Traed en seguida a Walter! — gritó a los

huerfanitos, que se estaban bañando—. ¡En seguida!

Walter era un caballo. Atóle Mary una cuerda al cuello al animal, y dándole la orden de marcha, consiguió que el cuadrúpedo sacase, con la mayor facilidad, al chiquillo que estaba a punto de ahogarse.

Ambrosio debía la vida a Mary, pero al acudir el señor Grimes a ver lo que ocurría, el ingrato y villano — de tal padre tal hijo — tergiversó los hechos, acusándola de haberle arrojado al cieno, para que se ahogase.

—¡Sí, papá, sí, esa mala perra de Mary me echó al pantano porque la reñí!

El señor Grimes había concertado con su mujer que quitaría a María la niña, cuando estuviese entrada la noche y durmiesen todos en el pajar.

Pero pareciéndole que se le brindaba la ocasión de apoderarse de la niña en aquel mismo momento, so pretexto de castigar a Mary por haber arrojado a Ambrosio a la ciénaga, le dijo:

—¡Trae acá esa niña, y vas a ver lo que es bueno, mala pécora!



Mary se hizo atrás, dispuesta a morir defendiendo a la criatura.

—¡No la tendrá usted nunca, nunca!... ¡Ya



—¿Te rebelas, bribona?

sé lo que piensa usted hacer!

—¿Te rebelas, bribona?

Uno de los huérfanos, un pobrecito cojo, levantó su tosca muleta para descargarla sobre el avaro si se acercaba a Mary para arrebatárle la

niña, pero el señor Grimes lo arrojó de un empujón al suelo y a varios metros de él.

Entonces Mary, viendo el cariz que tomaba la cuestión, depositó a la niña en el suelo, detrás de ella, y apoderándose de una horquilla, amenazó con ella al avaro, decidida, y muy decidida, a horadarle el vientre si osaba adelantar.

Acobardado, el señor Grimes respondió, espiando los movimientos de Mary:

—¡No digas necedades! Sólo pensaba llevarla a dormir a la cocina; mas ya que quieres imponerte a mí...

—¡No se acerque! ¡No se acerque!

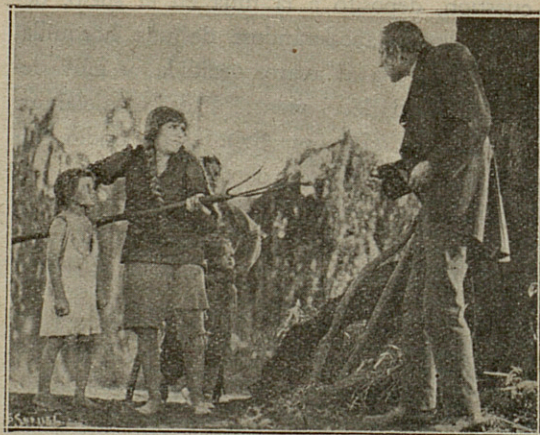
Mary hizo una seña a una niña para que tomase en sus brazos a Doris y, juntos, retrocedieron hasta el pajar, subiendo a él precipitadamente.

El señor Grimes intentó subir tras ellos, pero Mary siguió amenazándole con la horquilla desde arriba, impidiéndole continuar subiendo por la escalera de mano.

¡Oh, no subiría!... La horquilla en manos de Mary, era cual tridente mortífero esgrimido por una furia infernal.



El avaro, entonces, quitó la escalera por la que subían todos los muchachos al pajar. Su decisión equivalía a aislar, a sitiar por ham-



—¡No se acerque! ¡No se acerque!

bre y sed a Mary... Pero la vida de la niña sugeriría a Mary ardides burladores:

Los otros huérfanos estaban encerrados en los establos, con un perro furioso a la puerta, para evitar cualquier intento de salida para ir a bus-

car la escalera por la que Mary podría bajar del pajar y comunicarse con los chiquillos.

Pero Mary, sin que Grimes pudiera sospecharlo, ató varias ropas y se deslizó por la cuerda formada con ellas a los establos.

Se imponía la fuga inmediata, para escapar a la venganza de Grimes, que estaba colérico, fuera de sí, presa de mayores instintos criminales que nunca.

En efecto, Grimes estaba resuelto a nuevos crímenes. En aquellos momentos decía a su mujer:

—Esa Mary sabe más de lo que hace falta... Creo que nos ahorráramos muchos disgustos haciéndola desaparecer como a la pequeña.

Y Mary y los niños se fugaron por la parte trasera de la granja, llevándose una cuerda para atravesar los terrenos peligrosos de que estaba infestada la región.

... ..

La ley estaba segura de que había interceptado todos los caminos por donde pudiesen escapar los ladrones; pero no pensó que los ladrones no necesitaban caminos



En efecto, cruzaban el río en una gasolinera, a toda velocidad, dirigiéndose a buscar a la niña.

Wayne, el padre de Doris, a la que Mary llevaba colgada de su cuello, sin separarse un momento de ella, se entrevistaba con el jefe de policía.

—Me entregué, señor Comisario... He enviado promesa a los ladrones de que les pagaré el rescate.

—¡Qué desatino! — exclamó el jefe—. Por más que ellos no lo cobrarán, porque ya estamos pisando sus huellas.

En aquellos instantes entró con unos agentes "El Tartajoso".

—Aquí está el muchacho descubierto por la brigada de investigación — dijo el jefe a Wayne—... Dice que hay en los pantanos una finca destinada a niños. Los agentes están rodeando los alrededores.

Wayne, apresuradamente, preguntó al "Tartajoso":

—¿Sabes si tienen allí una niñita... de una estatura así?

Le indicaba la estatura de la niña.

—¡Se-se-guramente! Las ha-a-a-y de todos ta-ta-a-a-maños — respondió el muchacho.

Wayne expuso al jefe sus deseos de ir él mismo a los pantanos, para visitar la finca en cuestión, y el jefe accedió a que le acompañasen varios agentes en un automóvil.





Para salir de la barraca de los establos y el pajar, precisaba salvar un pantano peligrosísimo. Otra vez se manifestó el ingenio de Mary, construyendo con sacos de paja y maderos una pasadera.

Fueron atravesando el peligro los niños, siguiendo el ejemplo de Mary, que unía estrechamente a su vida la vida de la pequeña sentenciada por Grimes, pero quedó al otro lado una niña, que, presa de espanto, no osaba adelantarse.

Ya iba la lama voraz tragándose el puente. Pero ¿dejaría Mary, por temor al peligro, a aquel angelito a merced del verdugo?

Porque la voz de Grimes se oía ya cercana. El mal hombre había descubierto la fuga y pre-

tendía dar alcance a los fugitivos a toda costa.

Mary, arrostrando todos los peligros, retrocedió y apoderóse de la miedosa, conduciéndola a buen puerto.

En aquel momento apareció Grimes, pero al intentar poner el pie en la pasadera, vió que se hundiría sin remedio, pues ya los sacos y las maderas desaparecían para siempre.

Todo a su enojo, echóse a reír. Recordaba lo mucho que se ocupaban los periódicos del robo de la niña, y sin él haberlo buscado se veía de pronto libre de compromisos.

—¡Marchaos, imbéciles! — gritóles — ¡Bastantes complicaciones me quitáis de encima!

Y la idea de verse salvado y de que los niños iban a la muerte estremecía de gozo su alma, no menos cobarde que cruel.

Siguieron adelante los niños, pero al regresar a la granja, el avaro encontró en ella a los ladrones, que reclamaban a la niña para devolverla a su padre a cambio de fuerte suma por su rescate.

Grimes sabía que los niños iban hacia el pantano de Creek Road. Si no quedaban enterra-



dos en el cieno, darían un buen festín de carne a los caimanes.

El avaro se prestó a ir, con los ladrones, a Creek Road, sin muchas esperanzas, sin embargo, de encontrarles, pues temía que encontrarían en camino la muerte; y en tanto los niños seguían avanzando.

Para vadear un río de peligrosas sinuosidades, Mary colgó, con una gruesa maderá, la cuerda a una rama de corpulento árbol de la otra orilla, y uno por uno fueron atravesando por el aire el obstáculo.

El viejo Grimes lanzó el perro de la granja en persecución de los fugitivos, pero el animal retrocedió al ver los caimanes de Creek Road.

Mary y sus huérfanos, presas de intenso pavor, lograron salvar el peligro pasando de un lado a otro del pantano por una rama inclinada, a guisa de puente.

Los saurios abrían sus fauces esperando el festín... pero se quedaron con las ganas de dárselo.

Un poco después, los huérfanos estaban completamente a salvo.

Se encontraban ya en terreno seguro, cuando vieron llegar un auto, el de la policía; y se es-

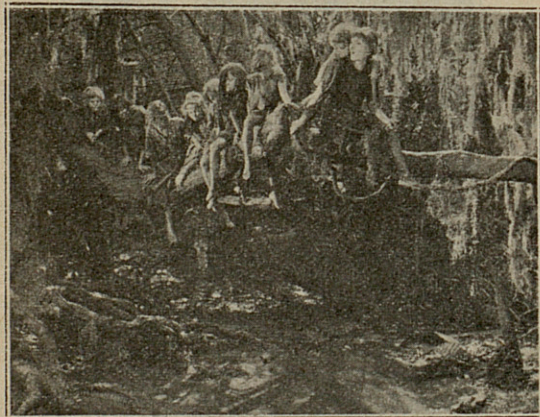


... y uno por uno fueron atravesando por el aire el obstáculo.

condieron, sin sospechar los beneficios de que el coche era portador.



Los ladrones fueron descubiertos en el camino por los policías, y se cruzaron numerosos disparos, viéndose obligados los primeros a preci-



*... lograron salvar el peligro pasando de un lado a otro del pantano por una rama inclinada, a guisa de puente.*

pitarse al lugar donde les esperaba la gasolinera, mientras el viejo avaro, al intentar salvarse por su lado, se hundía en la ciénaga, para siempre. ¡Su castigo había llegado, al fin!

Los niños, siguiendo a Mary, se habían escondido, por creerla un sitio seguro y sin sos-



—¡Es mía! ¡Es mía!

pechar que era de los ladrones, en la gasolinera; y al poco rato, en el mar, la policía perseguía a la embarcación. Los ladrones intenta-



ron burlarla huyendo en una barquita, pero esta barquita fué destrozada por el barco policía y perecieron los miserables.

Mary apareció, al comprender que la gasolinera no llevaba dirección, sobre cubierta, y al verla los policías, cesaron el cañoneo y salvaron a todos los niños.

Mary desconfiaba de todo el mundo, y ni en la Comisaría estaba dispuesta a entregar a nadie a Doris.

—¡Es mía! ¡Es mía!

—Entra en razón, muchacha. El señor es el padre de la niña... y tiene derecho a ella.

—¡Oh! Si es su padre... Bueno... ¡Ay, qué pena!

...Y hasta el gesto "de pocos amigos" del Comisario se dulcificó ante la honda ternura de la escena.

\*  
\*\*

Al día siguiente, Doris despertó en su casa. La niñera le preparó el biberón, pero la deliciosa muñequita no lo quiso tomar, y no había medio de aplacar su rabieta.

—¡Taaata!... ¡Tata Mary!... — gritaba.

—Monina... Preciosa... Amor mío... — decíale la niñera.

—¡Nooo!... ¡Nooo!... ¡Tata Mary!

El médico, que había sido llamado con urgencia, dijo al padre de la criatura:

—El médico sobra aquí, amigo Wayne. Todo lo que usted suponía enfermedad se le pasará... en cuanto esa "tata Mary" venga.

Y "tata Mary" no tardó en llegar, riéndose la bondadosa madrecita al ver el tipo "estatua-



rio" del criado que la acompañó hasta la puerta de la habitación de Doris.

La alegría de la niña y de la madrecita, al reunirse, fué inmensa.

—¿Qué tiene? — preguntó Mary, luego de besar a la niña, al padre.

—No sabemos. Lloro... Preguntaba por ti.

—¡Oh, si tiene la tripita vacía! — verificó Mary—. ¡Necesita lo menos un litro de leche!

Y prescindiendo del biberón de la niñera, preparó ella el suyo, y Doris se lo tragó con fruición.

¡Y había que ver la cara que puso la niñera!

Ante la felicidad de su hijita, y reconociendo que a Mary debía la niña la vida, Wayne propúsole quedarse a vivir con ellos, para cuidar de la criatura que tanto la quería.

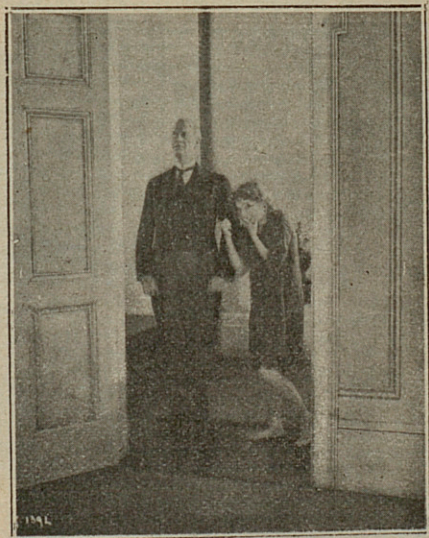
—¿Quiere usted decir dormir... y comer... y todo aquí? — inquirió Mary.

—Sí, Mary.

—No puedo... porque tengo mis otros niños que cuidar. Ahora, si usted quisiera traernos a todos...

—¿A todos?... ¿Cuántos sois?

—Únicamente ocho... contándome a mí y al tartajoso.

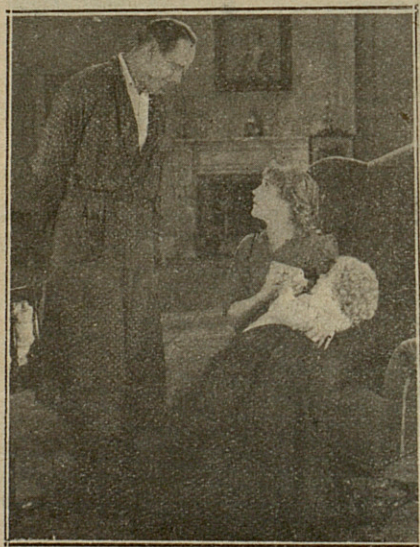


... riéndose la bondadosa madrecita al ver el tipo "estatuario" del criado...

—¿Ocho chicos viviendo en esta casa?... ¡La destrozarían en dos meses!



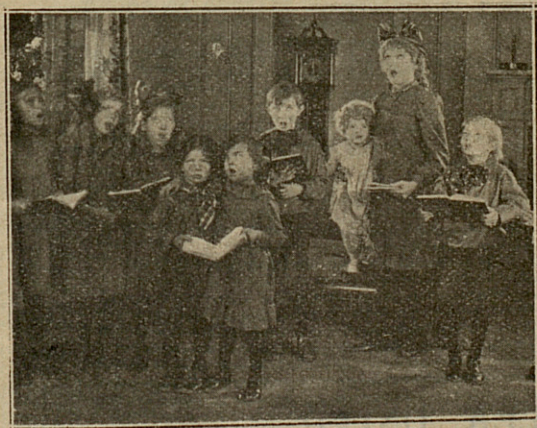
—¡Qué la habían de destrozar!... ¡Si son todos verdaderos angelitos! Crea usted que no le



—¿Quiere usted decir dormir... y comer... y todo aquí?

harían enfadar. Ya le veo a usted tocando el piano y nosotros, con Doris y todo, entonando

un himno con mucha afinación. ¡Sería una verdadera delicia! ¡El colmo de la sumisión! Y me diría "El Rubio": "Oye, Mary... El Señor no



"Ya le veo a usted tocando el piano y nosotros, con Doris y todo, entonando un himno con mucha afinación."

quiere ahora a los otros gorriones más que a nosotros, ¿verdad?

Wayne echóse a reír, encantado del carácter de la madrecita, y contestóle:



—Has ganado, "tata" Mary, y para vosotros  
mandaré construir una nueva ala en el edificio.

—¡Bravo!

Y, pensando en la promesa de Wayne, se  
dijo la madrecita:

—¡Van a tener una jaula de oro mis go-  
rriones!

FIN

LEA USTED

EL GRAN DESFILE

## ¡ACONTECIMIENTO!

Acaba de ponerse a la venta el  
**NUMERO ALMANAQUE 1927**

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

¡Si lo ve, lo comprará! ¡128 páginas de texto  
y 32 páginas de fotografías de artistas  
a colores! ¡Total, 160 páginas!

Fíjese en las novelitas:

EL PIRATA NEGRO, por Douglas Fairbanks

EL AGUILA NEGRA, por Rodolfo Valentino

CON GRACIAS A PORFÍA, por George O'Brien

LOS MISERABLES, de Víctor Hugo

y LA NIÑA DE FLORIDA, por Bebé Daniels

CUENTOS - ARTÍCULOS - INFORMACIONES  
DERROCHE DE CLISÉS - LUJOSA PORTADA

Regalo de un álbum para postales del año 1926



PRÓXIMO NÚMERO:

La sentimental novela

# Rosa de Levante

Producción nacional. Por CARMEN  
VIANCE, la protagonista de «La Casa  
de la Troya».

Selecciones Gaumont ♦ Diamante Azul

!! SIEMPRE LO MEJOR !!

Al éxito sin igual de

## LA VIUDA ALEGRE y EL GRAN DESFILE

seguirá el de

## Miguel Strogoff o el Correo del Zar

PRÓXIMO A APARECER

Tercer libro de la nueva colección de

La Novela Semanal Cinematográfica

EDICIONES ESPECIALES



L. N.  
S. C.